

que los augures. Los fœciales se ocupaban en las ceremonias usadas con ocasion de los asuntos exteriores, alianzas, embajadas, declaraciones de guerra, etc.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 29.

Dollinger, obra citada, p. 515 y sig.

30. La práctica de la religion tendía principalmente á interesar á los dioses en los asuntos humanos. Lo esencial de las oraciones estaba en las palabras, no en los sentimientos; el menor descuido de este género, una frase añadida ó suprimida, una distraccion, cuanto podia prestarlas á falsas interpretaciones las hacía ineficaces: de aquí el uso seguido por los que querían orar de taparse los oídos, apoyarse sobre la mano derecha, girando sobre sí mismos hácia el costado derecho para imitar el movimiento circular de la tierra, y sentarse sobre el suelo, para indicar la confianza que tenían de ser escuchados. Con frecuencia, cuando las súplicas no producían resultado, tiraban piedras contra los templos, destruían los altares, y lanzaban á los dioses lares fuera de las casas.

Las fórmulas de las oraciones estaban redactadas según el rango de cada divinidad, y se las repetía un número determinado de veces. Estas oraciones no tenían otro objeto que los bienes terrenos. Se cuidaba escrupulosamente de cumplir los votos; los que los habían hecho, erigían templos y altares, celebraban juegos, hacían libaciones y peregrinaciones. Los votos eran públicos ó privados. Los primeros tenían por objeto la salud, un regreso feliz, el triunfo de generales y emperadores. Los numerosos sacrificios que se ofrecían en diferentes circunstancias, costaban sumas considerables; los sacrificios expiatorios, muy frecuentes, eran á menudo bastante onerosos para el mayor número, y se consideraba como un arte verdadero la preparacion de los festines en los sacrificios.

Ofrecíanse tambien víctimas humanas (que más tarde fueron reemplazadas por maniqués), según sucedía en los sacrificios de Saturno y Mania, diosa de los muertos. El Senado los prohibió hácia el año 95 antes de J. C., pero no dejaron de verificarse en circunstancias extraordinarias, y humana sangre continuó regando todos los años, hasta el siglo tercero de la Era cristiana, la estatua de Júpiter Latiario. Las expiaciones y purificaciones numerosas, de las cuales muchas se hacían por el Estado, especialmente al entrar la armada en campaña, no contribuían á ennoblecer los sentimientos. Podíase cometer con

premeditado designio, cualquier atentado contra los dioses, con tal que la expiacion siguiese ó precediese. El culto y las fiestas de los muertos eran extravagante mezcla de representaciones confusas y contradictorias. Se consideraba á los padres como dioses, procurándose apaciguarlos con sacrificios y manjares, y tenerlos lejos. El contacto de un cadáver era una mancha y una abominacion. Las fiestas absorbían la tercera parte del año, y casi todo era en ellas diversiones y orgías.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 30.

Sacrificios humanos, Lactane. *Instit. div.*, I, 21: «Latiaris Jupiter etiam nunc sanguine colitur humano.» Minucio Felix, *In Octavio*, c. XXI, xxx; Firmio Materno, c. xxvi; Porfir., *De abstinentia carnis*, II, 56.

31. Los romanos, que por orgullo habían rechazado en otro tiempo la filosofía griega, acogieron la legacion de los filósofos Carneades, Diógenes y Critolao (155 a. de J. C.), si bien todas las escuelas de entónces habían caído en profunda decadencia intelectual y moral, y sus representantes se habían hecho despreciables por su avaricia y charlatanería, sus rivalidades ardientes y vanas sutilezas. Las escuelas que tendían á un fin práctico, y especialmente la nueva academia, el estoicismo y el epicureismo, fueron solamente las que hallaron en Roma sólido terreno donde asentarse.

En literatura, Lucrecio, había glorificado, con su poema didáctico, la doctrina de Epicuro y combatido á la religion popular. Sin embargo, los estóicos disfrutaron de más fama. M. Tulio Ciceron, familiarizado con las principales tendencias de la filosofía griega, ó sean la eclectica y la escéptica, y persuadido de que no se podía llegar sino á la verosimilitud, intentó dar á conocer á sus compatriotas bajo más elevada forma los resultados de la investigacion griega, inculcar en los ánimos nociones racionales comunes á toda inteligencia, pero sin contradecir la doctrina de los dioses, así como sin dar sólida base á la teoria de los deberes. Imitador de Platon, aspiró á establecer la supervivencia del alma despues de la muerte. Como hombre de Estado, creía loito enganar á la multitud.

Quinto Sextio, Socion y su discípulo Séneca, siguieron tambien una direccion moral y práctica; miéntras que los neo-pitagóricos, neo-platónicos y neo-peripatéticos distaban mucho de estar acordes en la explicacion de sus sistemas. En tiempo de Séneca se aspiraba sobre todo á la realidad palpable, á la utilidad práctica; se simplificaba la doctrina estoica, tan llena de contradicciones, pero al mismo tiempo tan seduc-

tora para el orgullo romano. Séneca reconoce que cada hombre lleva á Dios en sí mismo, que es semejante á Dios, pero no halla otra explicación á la perversidad general, que la locura de todos. Si exalta la providencia Divina, como suprema inteligencia, no por eso deja de atribuir la responsabilidad de los males que affigen á los justos, y la prosperidad de los malvados, á la inmutabilidad de la materia, que no puede ser, dice él, enteramente domada.

Mientras que Séneca atacaba violentamente á la religion dominante, otros estóicos la interpretaban en un sentido alegórico y físico. Musonio pensaba que la filosofia es una virtud moral, necesaria á todos y su único refugio. Epicteto, su discípulo, pensador muy versado en la accion interior del alma, colocaba el principio de la sabiduría en el conocimiento de nuestra impotencia é indignidad, en la elevacion del espíritu hácia Dios; pero por esta palabra entendía un dios ó demonio que hay en nosotros, nuestra razon, la cual es independiente por completo de los movimientos del alma y aun del amor y la compasion; pretendía que despues de la muerte, el alma humana vuelve á los elementos que le son homogéneos en el alma del mundo, porque la mayor parte de los estóicos no la hacían durar sino hasta su absorcion general en el universo.

Marco Aurelio, poseido de fria resignacion, predicaba la nada de las cosas humanas, pero como tantos otros, jamás llegaba á la certidumbre en lo que concierne al libre arbitrio é inmortalidad personal. ¿Qué inmortalidad habian de dar al alma los que la consideraban corpórea, ó mera partícula de la divinidad?

Plutarco (nacido el año 50 á. de J. C.) hacia más felices tentativas para salvar la inmortalidad del alma, afirmando desde luego la culpabilidad del género humano; pero no se esforzó ménos, en su cualidad de eclético, por robustecer la creencia en los falsos dioses, que iba debilitándose, por desterrar los abusos de la supersticion y conciliar entre sí á los poetas, filósofos y legisladores. Admitía un Dios supremo, pero no creía que tuviese influencia alguna sobre el universo; lo colocaba al lado de la materia y del alma perversa del mundo.

Plinio el Mayor, que no creía en la multitud de dioses venerados por los poetas romanos, declaraba que estos dioses no eran otra cosa que la naturaleza y los hombres difuntos divinizados. Plinio era panteísta. El historiador Tácito, contristado ante la decadencia del imperio, que predijo como inmediata, dudaba tambien si los destinos humanos son regidos por la ciega casualidad ó por inevitable destino. Mientras los griegos, volviendo á Pitágoras y Platon en el primer siglo de nuestra era, se esforzaban por sacudir el peso del fatalismo, los romanos cafan cada vez más bajo su yugo.

Diós en sí mismo, que es semejante á Dios, pero no halla otra explicación á la perversidad general, que la locura de todos. Si exalta la providencia Divina, como suprema inteligencia, no por eso deja de atribuir la responsabilidad de los males que affigen á los justos, y la prosperidad de los malvados, á la inmutabilidad de la materia, que no puede ser, dice él, enteramente domada.

Jacobi, *K.-G.*, I, p. 28 y sig.; Doellinger, p. 567 y sig. Decadencia de la filosofía. Séneca. *Ep.* xxix; Luciano, *In Niprino*; Justin., *Dial. c. Trapp.*, init.

32. Había sin duda entre los romanos cierta virtud cívica, que fué el principio de su grandeza política; pero no pasaba los límites de los intereses mundanos; sólo servía á la gloria y al egoísmo, porque su principio era el orgullo. Si los romanos, en oposicion á los griegos, apasionados de la belleza estética, se habían penetrado sobre todo de las nociones del derecho; si se habían esforzado por hacer prevalecer las ideas de justicia, no por eso habían dejado de establecer su dominacion sujetando á los demás pueblos. Los romanos no veían en el hombre sino al ciudadano; el Estado era el fin supremo, la religion un simple instrumento de la política.

Todo lo que era grande en política, y ventajoso al Estado, cedía al interés de los negocios, y la misma virtud romana, toda exterior, más aparente que real, desaparecía rápidamente en la decadencia de la antigua república; el pudor, la franqueza, el amor á la justicia y á la patria, la antigua sencillez de costumbres, la parte grave de la vida, todo se desvanecía á medida que con la riqueza de los pueblos vencidos, adelantaban los romanos en lujo y depravacion, á medida que el acrecentamiento de la fuerza aumentaba la arrogancia y el desórden en lo interior, á medida que la pérdida de la antigua libertad era reemplazada por la satisfaccion de todas las concupiscencias. Las guerras civiles habían debilitado singularmente las fuerzas morales. A vueltas de estos desórdenes, el imperio prometía la seguridad, pero no hacia otra cosa que acrecentar la depravacion de las costumbres. Ya en las provincias, Augusto era honrado como un dios, aunque dejó subsistir las antiguas formas republicanas. Sus sucesores, que las abolieron, fueron más lejos aún, y sus estátuas recibían un culto que jamás se tributó á ninguna divinidad.

La apoteosis fué tambien decretada á las mujeres de la familia imperial, y se erigieron templos en honor de infames cortesanas. La abolicion de las antiguas costumbres religiosas, resultado de una civilizacion nueva, el ejemplo de los soberanos, la influencia de cultos extrangeros que se establecian en el centro del imperio, la muerte de las primitivas instituciones sociales, la pasion de la duda que extendía sobre manera sus estragos, trajeron la más profunda desmoralizacion. Los dioses adorados en el templo, y ridiculizados en el teatro, habían llegado á ser la mofa de los niños, ó servían de disculpa á todas las maldades.

El temor de Dios no era otra cosa que el temor á ciertos seres superiores, despóticos y caprichosos, que se trataba de hacer propicios con meras ceremonias. Llegó á hacerse difícil discernir la verdadera religiosidad de las prácticas antireligiosas, cuando durante la era imperial se extinguió en el pueblo la confianza en las antiguas divinidades, y se adoptaron cultos extranjeros, la mayor parte misteriosos, tales como el de Ísis. La superstición grosera del pueblo se reveló en el culto que tributaba á las estatuas de los dioses, como si fuesen los dioses mismos, en el supuesto arte de confinar las divinidades en las estatuas (*teopieia*), en el temor espantoso que inspiraban las maldiciones y las súplicas de los ofendidos, en la facilidad de ceder á las imposturas de los sacerdotes extranjeros, astrólogos, adivinos y charlatanes de toda especie (*goecios*), de creer en infames misterios, amuletos, talismanes, etc.; en los artificios innumerables de la magia, en los conjuros de los muertos, en los oráculos é iniciaciones teúrgicas. La superstición tenía por vicio contrario, especialmente en los sábios, la incredulidad.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 32.

Sobre las virtudes naturales de los primitivos romanos, Aug., *Civ. Dei*, I, 19; V, 15-18. Sobre los goecios y astrólogos, Tacit., *Hist.*, I, 22: «Genus hominum potentibus infidum, sperantibus fallax quod in civitate nostra et vetabitur semper et retinebitur.» Apotéosis, véase Dollinger, p. 613 y sig., 639.

Situación social de los romanos.

33. Era ésta verdaderamente espantosa. La esclavitud había hecho los más deplorables progresos; el esclavo carecía de derechos, si bien estaba encargado con frecuencia de educar á los jóvenes de las familias ricas, cuyas costumbres corrompía. La mujer estaba envilecida, y el divorcio era tan frecuente como el adulterio. Los obstáculos para impedir los nacimientos, la exposición de los recién nacidos, el poder ilimitado de los padres sobre los hijos, la pederastía y todo género de lubricidades contra la naturaleza, la crueldad alimentada por las luchas de las bestias feroces y los gladiadores, ávidamente descadas, el desprecio de los pobres á vista de un proletariado vicioso que iba multiplicándose sin cesar en las ciudades, la disminución de la antigua población libre dedicada al cultivo de los campos, la venalidad de los jueces, la explotación del pueblo por los funcionarios, la inmoralidad del culto público, de los teatros y pantomimas, la apología y el progreso siempre creciente del suicidio; tal es el espantoso cuadro de la civilización imperial. De aquí que Plinio el Mayor hallase en la naturaleza humana una

contradicción insoluble, extrema debilidad junto con insaciables deseos, lo cual le movió á decir que el hombre era el más insensato y desdichado de todos los seres, que sólo tenía el privilegio de poner término por sí mismo á tan lamentable situación.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 33.

Dollinger, obra citada, p. 664 y siguientes.

Influencia de los romanos en los demás pueblos.

34. Los vicios que reinaban en Roma, no se extendían solamente á las provincias, sino también á los pueblos bárbaros puestos en contacto con los romanos, cualquiera que fuese la sencillez de sus costumbres. En la Galia, los emperadores hacían esfuerzos por extirpar la antigua jerarquía de los druidas, muy respetada del pueblo. No contentos con prohibir los sacrificios humanos, abolieron aun los más sencillos usos bajo pena de muerte, é impusieron al pueblo, fuertemente adherido á sus antiguos dioses (Hesus, Taranis, dios del trueno; Teutates, esto es, Mercurio; Camulus, es decir, Marte; Beleno; — Apolo, Belisana; — Minerva, Arduinna; — Diana), el culto de las divinidades imperiales con obligación de erigirles templos.

Donde quiera que llegaban las legiones de Roma, se establecían baños á la romana, teatros y otras instituciones de este género. El lujo causó la corrupción de las costumbres. Los romanos creyeron descubrir sus propias divinidades en las de los germanos: en Wodan, Mercurio ó el sol; en Thunae, Marte ó Vulcano; en Ziu, Hércules ó Marte. Hallaron entre ellos pocos templos, porque los germanos se reunían las más veces en los bosques sagrados; pocos sacrificios de hombres y de animales, pero gran respeto á la mujer, la pasión del juego, de la embriaguez y de los sangrientos combates. Cuando conocieron la valía de este pueblo, se esforzaron por atraerlos al servicio del imperio, y si no lo conseguían, por someterlos y afeminarlos. Consiguieronlo tanto más fácilmente, cuanto que estas tribus groseras estaban fascinadas por el esplendor de Roma, y naturalmente se inclinaban á la inacción. El trabajo manual y las artes mecánicas eran considerados en el mundo entero como ministerios indignos de hombres libres y propios sólo de esclavos. Los germanos experimentaron cada vez más el imperio de las ideas de Roma, cuyos principales focos eran Tréveris, Maguncia, Augsburgo, Argovia y Coire.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 34.

Corrupcion de los pueblos subyugados. Tácito, *Agríc.*, cap. xvi, 21; *Hist.*, IV, 64; en la Galia, Caesar, *De bello gal.*, VI, 13 y sig.; Plin., *Hist.*, n. XXX, 1; Deilingger, p. 558 y sig., 611; en Germania, Herod., IV, 93, 94; V, 3; *Agath.*, I, 7; Tácito, *German.*; *Hist.*, IV, 54; *Annal.*, I, 51; XIII, 5; Caes., *De bello gal.*, VI, 21; Jornand., *De reb. get.*, ap. Muratori, *R. It. Scr.*, t. I; Simrock, *Handb. der deutschen Mythologie*, 2.ª edic., Stuttgart, 1859; J. Grimm, *Deutsche Mythologie*, 3.ª ed., Goettinga, 1854; Krafft, *K.-G. der german. Völker*, Berlin, 1854, vol. I, Rettberg, *K.-G. Deutschl.*, I, p. 246 y sig. Friedrich (*K.-G. Deutschl.*, Bamberg, 1867, I, p. 25 y sig.) muestra que los alemanes no eran como se ha dicho con frecuencia, absolutamente antipáticos á las ideas y costumbres de los romanos. El desprecio de los antiguos á los trabajos manuales está atestiguado entre los griegos por Herod., II, 167; Arist., *Polyt.*, III, 2, 8; 3, 4; VI, 4, 5; VIII, 2; entre los galos por Ciceron, *De republ.*, III, 6; entre los germanos, por Tácito, *German.*, cap. xiv; entre los romanos por Ciceron, *De off.*, I, 42; entre los lusitanos, cántabros y tartesios de España, por Justino, XLIV, 3, 4.

Situación del mundo pagano.

35. El pecado y la corrupcion reinaban, pues, en toda la extension del mundo pagano; en medio de las conmociones que agitaban la vida interior y exterior, iban en aumento el malestar, el disgusto de las cosas presentes, la inquietud y la desesperacion. Todas las tentativas de los paganos para llegar á la posesion de sí mismos, habian fracasado; ni la religion tradicional del pueblo, ni la filosofia, ni el poder exterior del imperio romano y la delicadeza de la vida, ni el refinamiento de los placeres, podían aplacar los tormentos del espíritu humano. Se buscaban por todas partes remedios y auxilios. Se esperaba, se abrigaban deseos de un porvenir mejor, de un siglo de oro. Interrogada la sibila Eritrea, anunciaba el nacimiento de un niño divino, que iba á inaugurar tiempos más prósperos. Cierta que algunos referian esta prediccion á Augusto, ó á algun otro emperador. Virgilio la aplicaba al hijo de Asinio Polion, pero habia otros que presentian en ella el cumplimiento de sus más caras esperanzas. Una antigua profecía que habia corrido en los primeros tiempos del imperio, anunciaba que vendrían de Judea hombres investidos de un gran poder. La nocion de Dios y el sentimiento de la debilidad humana sobrevivian aún, y estaban sostenidos por la esperanza de un Redentor celeste.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 35.

Virgilio, *Ecluy.*, IV, vers. 4 y sig.; Suetonio, *Octav.*, IV, 94; *Vesp.*, cap. IV; Tácito, *Hist.*, V, 13. Cf. Jos., *De bello jud.*, VI, 3, 1; Aug., *Civ. Dei*, V, 27, ép. clv; Eus.,

In Constant. M. Or., ad coel. SS., cap. XIX, XX, donde se cita sin mucha exactitud á Ciceron, *De div.*, II, 54; Dante, *Purg.*, XXII, 70 y sig.; Heyne, *Annot. in Virgil.*, t. I, p. 96. Sobre las sibilas se hallan otras noticias en Josefo, *Ant.*, I, 5; Ovidio, *Melamorph.*, I, vers. 256; Virgilio, *Aen.*, III, vers. 700; Herodoto, lib. IV, p. 192; Laet. *Div. Inst.*, IV, 20; Euseb. *Praep. ev.*, IX, 14. El célebre acróstico relativo á Cristo (*χρῖς*), *Orac. sibyllin.*, VIII, 217 y sig.; Euseb., *In Const. Or. cit.*, cap. xviii; Aug., *Civ. Dei*, XVIII, 23; Optat., *De schism. Don.*, III, 2; H.-J. Schmitt, *Grundzüge des Messias oder Spuren der Lehre von der Welterschöpfung in Sagen und Urkunden*, Frankfurt, 1826; Bötticher, *Prophet. Stämmen aus Rom.*, Hamburgo, 1840, 2.ª parte, Lasaulx, *De mortis dominatu in eccl.*, Monach., p. 63; Freimüller, O. S. B., *Die messian. Weissagung in Virgils Eocl. IV* (Mettener Programm), Regensb., 1852.

§ 2. El pueblo judío. — Su importancia.

36. Hemos notado en el paganismo la necesidad, conocida por unos, por otros presentada, de un Redentor. Entre los judíos asistimos á los preparativos de su advenimiento. La mision de los griegos era cultivar las ciencias y las artes; la de los romanos establecer el orden político y social; la importancia histórica del pueblo de Israel se enlaza íntegramente con la conservacion de las verdades divinas que le fueron confiadas. Al lado de la ignorancia y depravacion de los paganos, los sentimientos religiosos del pueblo judío forman el más maravilloso contraste. Él es quien ha conservado mejor las tradiciones primitivas. Dios le comunicó una revelacion particular, una legislacion á la vez religiosa, litúrgica y política, le envió profetas, maestros y libertadores; le hizo en términos, cada vez más claros, la promesa de una redencion. Dios habia escogido á este pueblo con el fin de hacer brillar su providencia y su justicia en la manera particular con que dirigia sus destinos, con el de preservarle de los horrores idolátricos, iluminar al mundo pagano y realizar progresivamente en él el plan de la redencion. De presente, Dios obra sobre los judíos por su ley, y en orden á lo futuro por sus promesas.

El pueblo judío poseía en el Pentatécico los más antiguos documentos históricos; allí encontraba el esclarecimiento de todos los problemas que habian permanecido insolubles para los paganos, problemas sobre Dios y el mundo, sobre el pecado y la gracia, á los cuales se enlazó en el curso de los tiempos una literatura religiosa llena de enseñanzas.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 36.

Filon (*De Abraham*, en fol. 364, § 19; *De vita Mosis*, I, fol. 625, § 27) dice que los judíos son los sacerdotes y profetas de toda la humanidad, encargados de implorar sobre ellos las bendiciones de Dios.